

Cáceres, Predestinado para la gloria

Por: Zoila Aurora Cáceres*

Desde época ancestral, el apellido Cáceres, oriundo de Extremadura, se destaca siempre por su linaje de guerreros. De aquella región vino al Perú el abuelo del general Cáceres, don Domingo Cáceres, unido por el vínculo de matrimonio con la nobilísima familia, descendiente de los encomenderos reales, don Antonio de Oré y doña Luisa Díaz de Rojas, feudatarios de Huamanga, “nobles en sangre y claros en virtudes”, conforme los designa la iglesia católica. Por el lado materno, es descendiente directo de la princesa india Catalina Huanca, último vástago de la estirpe guerrera de los Incas, quienes llegaron a dominar a toda la América del Sur; su misma madre, doña Justa Dorregaray y Cuevas, fue hija del coronel español don Demetrio Dorregaray.

POR AMOR A LA JUSTICIA Y A LA LIBERTAD

Así, se puede decir que su espíritu guerrero se formó desde la cuna. Sus múltiples biógrafos han descrito su ingreso al ejército: era un niño que estaba estudiando en el Liceo de Ayacucho; le esperaba la rica herencia que dejara su padre y, en el hogar, el amor de viejas tías, que le miraban como al último vástago de los Cáceres de Ayacucho. Pasa por esta ciudad la hueste revolucionaria del gran mariscal don Ramón Castilla, que abolió el tributo del indígena y la esclavitud (enero de 1854), y el joven estudiante, cuando sólo contaba 17 años, al oír el toque de los clarines, siente que las armas le llaman, y con ardor bélico incontenible, abandona todo, huye, se esconde de la familia e ingresa en el ejército con la clase de caballero-cadete. El amor a la justicia y a la libertad le llamó a las armas desde la niñez y esta voz de honra y de gloria repercutió siempre en su larga vida militar.

En el memorable combate de Bellavista, que tuvo lugar en Arequipa el año 1854, el ejército del gran mariscal Castilla se encontraba ya casi triunfante. Había logrado apoderarse de toda la ciudad, menos de la torre del convento de Santa

Rosa, la que se resistía de tal modo que creyeron imposible dominarla, a pesar del reñido y cruento combate que duraba largas horas. El que se aproximaba al campanario caía por tierra; los jefes principiaban a desesperar, apartados de la torre por las balas enemigas, cuando el joven teniente Cáceres ofreció a su jefe tomarla por asalto. Para el caso contaba con su compañía, formada por soldados cuyo cariño había sabido conquistar de tal modo que al pedirles que no le abandonasen en esta empresa, sin titubear un instante pagaron con la vida el arrojamiento del teniente, pues al apoderarse de ella pocos quedaron vivos. Cuando el triunfo fue definitivo, dice el general Cáceres, “tuvieron que darme el mando de otra compañía, ya que la que combatió conmigo había desaparecido”.

SALVADO POR LAS VÍRGENES BENDITAS

El teniente Cáceres llegó a dominar la torre y de lo alto cayó mortalmente herido dentro del claustro de Santa Rosa, sobre un montón de cadáveres que yacían en el suelo. Cuando volvió en sí, divisó a la comunidad que desfilaba en profundo silencio; llamó por su nombre a la sobrina de la abadesa, María Nieto, hermana del coronel Nieto, su amigo, quien también había tomado parte en este combate a favor de Castilla, la que no tardó en atenderlo, en compañía de las religiosas; y las manos de las vírgenes benditas vendaron y dieron de beber al sediento herido.

Fue tal vez la gracia divina, obtenida por las plegarias monjiles, la que contribuyó a la curación. La bala había penetrado por el lagrimal del ojo izquierdo, saliendo por la oreja del mismo lado, atravesándole interiormente parte de la cabeza, sin malograrle ningún órgano. Sólo le quedó de esta herida una cicatriz sobre el lagrimal, por lo que sus enemigos políticos dieron en llamar al general Cáceres “El Tuerto”.

DE TARAPACÁ A LA BREÑA

Desde que se inicia la guerra con Chile, Cáceres aparece entre los primeros militares que le salieron al encuentro, sufriendo las adversidades que les deparó

la suerte. Continuó siempre cumpliendo con el deber profesional que le obligaba a la obediencia de la alta dirección del ejército, hasta que se realizó la célebre jornada de Tarapacá.

En la retirada del ejército peruano por el desierto de Tarapacá, cayóles el enemigo sorpresivamente (en San Francisco), causando tal desorden en las filas, que emprendieron la retirada en completa desorganización, al extremo que los chilenos hubiesen podido acabar con ellos.

Viendo el coronel Cáceres que no le impartían órdenes, tomó la iniciativa y contando con su bien disciplinado batallón, al que siguieron otros, avanzó sobre el enemigo, mientras que el resto del ejército continuaba la retirada. Trocóse la sorpresa, y en este caso los sorprendidos fueron los chilenos, quienes, a su vez, huyeron en completa derrota, lográndose así que se salvase el ejército peruano y obteniéndose el único triunfo que tuvimos durante toda la guerra hasta que tomaron la capital.

La gran campaña de resistencia, que se proponía realizar el general Cáceres, por arriesgada que fuese tenía la garantía de la pericia militar de dicho jefe, probada con el éxito del triunfo. ¿Por qué, pues, se abandonó a ese pequeño ejército del Centro a su propia suerte? ¿Por qué no lo auxilió el dictador (Piérola) con las armas que el Perú tenía en el Sur y Norte, sin hacer uso de ellas? ¿Por qué no se atendió a la noble defensa del suelo peruano con el armamento que con tal fin tenía el Perú? Estas preguntas se hará siempre el historiador y las repetirá la posteridad.

*** “La Campaña de La Breña. Tomo I: Año 1881”, pp. 269-271.**